



18 de enero de 1880¹

Amor afectivo y amor efectivo

Mis queridas hijas,

La meta de toda vida religiosa es el amor a Nuestro Señor Jesucristo. En el fondo, si nos separamos del mundo, si abrazamos los consejos de perfección, es por amor y para el amor de nuestro Señor Jesucristo. Por eso me pareció que era de este amor de lo que debía hablaros hoy en esta hermosa fiesta del Santo Nombre de Jesús. Diré sólo unas palabras para recordaros que este amor debe ser afectivo y eficaz.

A veces no sentimos el amor de Nuestro Señor tan ardientemente como quisiéramos. Sentimos como si todo en nuestro interior se hubiera enfriado. Parece como si no progresáramos en el amor de nuestro Señor Jesucristo, y el alma se preocupa por ello. Os diré ante todo que, cuando experimentamos el amor afectivo, es porque nuestro Señor se digna hacerse sentir en el alma. La gracia lo hace todo, por decirlo así; el alma no tiene más que dejarse llevar, y *es bien llevado aquel a quien la gracia lleva, dice la Imitación*. Pero no siempre somos llevados, también tenemos que caminar.

San Francisco de Sales, con un lenguaje encantador, decía que los padres de la Santísima Virgen, cuando la llevaban al templo, la llevaban en brazos, pero que de vez en cuando la ponían en el suelo y se deleitaban viéndola dar sus pasitos. Así, añade el santo, sucede con el alma llevada por el Espíritu Santo. Él la lleva bien para llevarla a lugares donde muchas cosas la conducirán a Jesucristo, pero luego quiere que camine sola, y se complace en verla dar sus pasitos.

Pero, ¿qué podemos hacer para alcanzar el amor afectivo? Ante todo, tenemos que hacer actos de amor de Dios muy a menudo. Como decía Santa Teresa, tienen el efecto de ablandar el corazón y de encenderlo. Así pues, muy a menudo y en relación con todo, debemos realizar actos de amor a Dios.

Hay otras maneras, unas negativas, otras positivas, que ayudan singularmente al alma a poner el amor de Dios por encima de todos los demás amores. Por ejemplo, cuando vemos o sentimos una belleza humana de cualquier tipo, cuando nuestra inteligencia se detiene ante la belleza del habla humana, cuando nuestros ojos son impactados por una bella visión, si el alma se acostumbra a volver inmediatamente a aquel que es el autor de toda belleza, a aquel que hizo todo lo bello en la tierra y que supera toda belleza creada, aumenta su sentimiento de amor divino.

Los santos hacían mucho esto. Cuando veían una flor hermosa o un bello amanecer, se dirigían a Dios y le decían: "¡Qué hermoso eres, oh Dios, tú que has puesto en estas cosas terrenas, que sin embargo son tan bellas, apenas un reflejo de tu admirable belleza! Cuando se encontraban con almas elevadas y mentes hermosas, se dirigían a Dios y decían: "Todo esto viene de ti, Dios

¹ Fiesta del Santo Nombre de Jesús

mío, ¡pero los sentimientos de tu corazón y los pensamientos de tu mente sobrepasan todo esto!

Del mismo modo, toda belleza intelectual les recordaba al Verbo, de quien procedía toda iluminación en este mundo.

Al hacerlo, estaríamos asumiendo el espíritu de San Agustín. Él, que tenía una inteligencia tan vasta, una mente tan profunda, consideraba siempre esa *belleza siempre antigua y siempre nueva*², que es Dios. De la belleza intelectual y humana, se elevó al amor, a la verdad, a la santidad y a la grandeza de Jesucristo. Entonces dijo que si presentas a Jesucristo a un alma, la atraes, como atraes a un niño presentándole lo que desea³. El Verbo, el Hijo de Dios bajado a la tierra, era el objeto constante de las contemplaciones de su mente, de los afectos de su corazón, los deseos de su voluntad. Comprended, hermanas mías, que aumentamos nuestro amor afectivo cuando, con respecto a todo lo que en la tierra puede ser objeto de una alabanza, de un afecto, de un deseo o de un anhelo de algo, volvemos a aquel que es infinitamente más admirable, más perfecto, más bello, más amable.

Yo añadiría que el amor afectivo se acrecienta de otra manera. Esto depende mucho de la disposición particular de cada alma. En general, el corazón que está dispuesto a amar a Nuestro Señor, está también dispuesto a amar algo en la tierra. Sería un corazón muy particular si estuviera abierto a Jesucristo, pero cerrado a todas las cosas de la tierra. Debe ser capaz de sentir algo, pero siempre que ese sentimiento sea por una criatura, debe poner a Jesucristo entre él y esa criatura.

Supongo que eres sensible al sufrimiento. Ver sufrir a un ser querido es algo que te llega al corazón con mucha fuerza. Pues bien, cuando tenemos esa impresión, tenemos que pensar en lo que Jesucristo sufrió por nosotros. Tenemos que imaginar los sufrimientos de su Pasión, que, humanamente hablando, fueron más allá de todo lo que podemos imaginar.

¿A qué otra cosa podemos ser sensibles? A una separación, al alejamiento de alguien querido. Pues bien, hay que decirse: en la tierra, estoy separado de Jesucristo, y es esta separación la que debe ser más sensible para mí. Desde que Jesucristo subió al cielo, la Iglesia se encuentra en estado de viudez, como dijo el mismo Señor en respuesta a los que le preguntaban por qué sus discípulos no ayunaban⁴.

Este estado se atribuye particularmente al alma religiosa. En efecto, no posee aquel con quien quiere vivir, lo espera, lo ve sólo veladamente, le habla sólo de modo misterioso. Con Jesucristo aún no tiene las conversaciones a las que podría aspirar. Si nos acostumbramos así, a mirar a nuestro Señor, en nuestros afectos, en nuestras emociones, en nuestras impresiones vivas, aumentamos nuestro amor afectivo.

Otra forma de aumentar el amor afectivo es pensar en los sentimientos que todos los santos tenían por Nuestro Señor Jesucristo.

Pío VI aprobó letanías que consisten en pedir a Dios la perfección de amor que tenían los santos. Estas letanías no son necesarias, pero un alma puede beneficiarse mucho si se fija en ciertos momentos en el amor que la Magdalena tuvo por Jesucristo; si en otros momentos se fija en el amor que San Pedro tuvo por Jesucristo, en el amor que San Pablo tuvo por Jesucristo, en el amor que San Juan tuvo por Jesucristo. Dios ha obrado esta maravilla, que la forma de amor de los santos es una creación particular para cada uno de ellos, de modo que el amor de uno no es el amor del otro. Así puedes tomar el amor de la Santísima Virgen, el amor de San José, el amor de los santos apóstoles, de los discípulos, de las santas mujeres, Santa Cecilia, Santa Inés, Santa Gertrudis, Santo Domingo, San Benito, etc.

Comprendéis que, viviendo en esta atmósfera, ocupando vuestra mente con esta maravilla que es el alma de un santo, entraréis un día en este amor que pedís a Dios que os conceda, y aumentaréis el amor afectivo en vuestras almas.

² Cf. Confesiones X capítulo 27 verso 38.

³ Cf. San Agustín, *Comentario del Evangelio de san Juan*.

⁴ Cf. Lc 5, 33-34

Ahora llego al amor efectivo. ¿En qué consiste? En hacer todo lo que agrada al Amado, y por tanto, sobre todo, en apartar de vosotras mismas todo lo que le desagrada, es decir, los restos de los siete pecados capitales, todo lo que es vuestra propia inclinación. Si quieres que crezca en ti el amor afectivo, tienes que hacer crecer el amor efectivo, haciendo lo que agrada a Dios, apartando de tu alma lo que le desagrada.

No es el que dice: Señor, Señor, el que entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos⁵, dijo nuestro Señor, y otra vez: El que guarda mis mandamientos, ése es el que me ama⁶.

¿Cómo podemos tener esta prueba de amor? Haciendo la voluntad de Dios en todo momento, en todas nuestras ocupaciones, buscando siempre lo que le agrada, apartando de nuestra alma todo lo que le desagrada, todo, hasta un gesto, hasta una palabra en los momentos de silencio, haciendo de cada una de nuestras acciones, según San Francisco de Sales, un sí perpetuo a Dios.

Como se ve, el amor afectivo y el amor efectivo crecen juntos. Para que el amor afectivo sea verdadero y ardiente, debemos en todas partes, en la oración, en nuestras relaciones mutuas, con las niñas, en nuestras ocupaciones, en todo y en todo momento, hacer lo que Dios quiere y buscar sólo agradarle.

Por eso pasé del ejemplo de los santos al amor verdadero. Cuando entramos en el corazón de San Pedro, de San Andrés, de San Juan, de las grandes vírgenes mártires, de los grandes santos que fundaron las iglesias, etc., vemos allí los afectos vivos, las llamas santas del amor afectivo; pero nunca vemos esto sin las obras que le corresponden, sin una gran pureza de acción y de intención, sin una fidelidad extrema en las cosas más pequeñas, sin el corte generoso de todo lo que no agradaba a Nuestro Señor.

No creo que pueda decir nada más apropiado para la fiesta del Santo Nombre de Jesús. Este nombre es todopoderoso, y deberíamos tenerlo a menudo en nuestros labios para protegernos de los peligros y fortalecernos.

En la leyenda⁷ que tuvimos anteayer en el Oficio, se decía que San Antonio repetía a menudo a sus monjes que no había arma más poderosa contra el demonio que el amor ardiente a Nuestro Señor Jesucristo. También para nosotros, en las pruebas de la tierra que vienen del demonio, pruebas de revoluciones, pruebas de la maldad de los hombres, pruebas de tentaciones, ¿queremos no dejarnos vencer? Dejémonos animar por un gran amor a nuestro Señor Jesucristo; esforcémonos por ganar cada día nuevas delicadezas en el amor a nuestro Señor. Entonces seremos más fuertes contra el mundo, porque nada puede contra los que aman a nuestro Señor Jesucristo, como repiten constantemente las Sagradas Escrituras.

⁵ Mt 7, 21

⁶ Jn 14,15

⁷ "Leyenda": palabra utilizada en la liturgia para las lecturas de Maitines sobre la vida de los santos.